

*Discurso de Hans Ulrich Gumbrecht, con ocasión de su
investidura como Doctor “Honoris Causa” por la
Universidad Complutense de Madrid*

28 de abril de 2022

Magnífico señor rector de la Universidad Complutense de Madrid,
Ilustrísimos señores decanos y colegas, sobre todo mis amigos Juan Antonio Valor y Antonio Rivera,

Queridísimos María José y José Luis Villacañas, mi padrino y “Doktorvater” madrileño,
Queridas amigas y amigos que habéis venido desde tan lejos para celebrar este día conmigo:

Como lo que estoy pronunciando en este momento es un “discurso de aceptación,” voy a empezar con lo que el protocolo me prescribe y manda. Acepto, con orgullo, emoción, y humildad, el honor de ser doctor de la Universidad Complutense y de así hacerme parte de su claustro. Lo hago con humildad porque un doctorado *honoris causa* no se puede merecer. Siempre será un regalo generoso de colegas amigos. Pero también acepto con orgullo y emoción porque la Universidad Complutense fue la institución académica de una de las figuras más admiradas e influyentes en mi vida intelectual, y porque, desde hace más de medio siglo, la cultura y la literatura castellanas son las que más me atraen [junto quizá con la literatura y la cultura portuguesa, pero las conozco mucho menos].

Al mismo tiempo, me siento doblemente excéntrico en relación a la cultura castellana. No sólo porque nací en Alemania y llevo viviendo más de treinta años en Estados Unidos, sino porque, como profesor de literatura durante más de cincuenta años, mi acercamiento a los textos literarios siempre se fiaba más de inspiraciones y conceptos filosóficos que de los métodos de crítica literaria. En este sentido un doctorado *honoris causa* propuesto por una Facultad de Filosofía es nada menos que un sueño cumplido para mí. Pero también me siento excéntrico a la cultura castellana por una razón existencial. Desde muy al principio, ella había tenido un lugar no exclusivamente intelectual en mi vida. Me fui a Salamanca para estudiarla a los veintiún años; allí me enamoré de una mujer maravillosa; nos casamos en 1975, tuvimos dos hijos juntos, Marco y Sara, que desgraciadamente, por razones de trabajo, no pueden

estar con nosotros hoy – pero también nos acabamos separando. Desde entonces me había sentido desconectado de la cultura castellana, ya no cabía la ilusión de ser parte de ella. Solo esto explica realmente por qué vivo el día de hoy como el momento de una vuelta bajo premisas diferentes, como una redención tardía en mi vida.

Para el tiempo que me queda me he propuesto buscar y encontrar, por primera vez y desde una perspectiva tanto alemana como norteamericana, una respuesta a la pregunta de por qué la literatura castellana tanto me fascina. Será necesariamente una respuesta demasiado breve y hasta superficial, pero pienso que es la pregunta y la respuesta que os debo a vosotros – y que también me debo a mí mismo. Mi reflexión tendrá cuatro partes. Empezaré explicando cómo comparto la intuición de los románticos alemanes que fueron los primeros a nivel internacional que descubrieron el encanto de la literatura castellana. Voy a seguir con el resumen más compacto posible de un libro publicado en 1990 [y no traducido al español] donde, bajo el título “Una Historia de la Literatura Española,” intenté transformar el entusiasmo de los románticos alemanes en una tesis de varios pasos que muestran lo que es particular de la literatura castellana. Estos pasos los voy a ilustrar haciendo referencia a las obras de tres doctores importantes de la Universidad Complutense -- para luego dar una respuesta en tono filosófico a mi pregunta inicial.

El descubrimiento de la literatura castellana por los románticos alemanes después de 1800 fue un acto contra-intuitivo en su propio contexto histórico donde la regla tanto española como alemana fue una autoflagelación por no haber conseguido un iluminismo según el modelo francés o inglés llevando a una revolución burguesa. Sobre todo, los hermanos August-Wilhelm y Friedrich Schlegel subrayaron, al contrario de esta tendencia, todo lo que la literatura castellana había conservado de dimensiones medievales y de la ortodoxia católica. Lo hicieron porque estaban convencidos de ver allí una substancia cultural que permitía a los lectores agarrarse a ella existencialmente dentro de las abstracciones centrifugales de la modernidad. La reacción española a esta imagen producida por los románticos alemanes siempre ha sido profundamente ambigua, hasta el punto de convertirse en el origen de la tipología de “las dos Españas” intelectual y políticamente irreconciliables.

En el libro “Eine Geschichte der spanischen Literatur“ intenté desplegar la intuición de los Schlegel en las tres partes de un secuencia histórica capaz de mostrar lo que es singular de

la literatura española. No puedo mencionar este libro sin recordar a mi amigo Juan José Sánchez que, por razones de salud, tampoco puede estar con nosotros. Con él había discutido, literalmente, cada frase de este trabajo, por lo cual me había parecido lógico el gesto de una co-autoría que él nunca aceptó porque el acto de escribir había sido exclusivamente mío. Fue nuestra primera hipótesis que, basándose en la coexistencia de las tres grandes religiones monoteístas durante los siglos XII y XIII en España, una proto-subjetividad había emergido antes que en cualquier otra región europea. A esta subjetividad se refiere Maquiavelo cuando escribe que el único político de su tiempo teniendo ya rasgos de la nueva imagen del político era Fernando de Aragón. Esta misma subjetividad temprana explica cómo España llegó a hacerse el primer imperio moderno durante la primera mitad del siglo XVI.

La decisión de aquel imperio, tomada durante el Concilio de Trento a mitad del mismo siglo, de hacerse defensor de la fe católica llevó a lo que yo considero el paso más importante en el desarrollo de la cultura y literatura castellanas. Fue la re-imposición de una ontología católica ortodoxa sobre aquella subjetividad temprana. Pero la vuelta de la ontología católica no acabó eliminando la subjetividad. Más bien inauguró una oscilación permanente entre los dos paradigmas, el subjetivista y el católico ortodoxo, una oscilación que desde entonces ha sido la fórmula específica y potencialmente productiva de la literatura española. Ella finalmente fue la razón por qué mentalidades como el iluminismo, el progresismo burgués, o el espíritu historicista sí existían, pero nunca tuvieron una energía dominante en España. Es como Werner Krauss, tal vez el hispanista alemán más profundamente experto, escribió una vez: la literatura castellana para antes del Iluminismo para mantener, durante varios siglos, el juego de esa ambigüedad productora de complejidad conceptual y ontológica sin fin.

Ahora quisiera ilustrar esta hipótesis germánicamente abstracta en tres pasos, con ejemplos encontrados en las obras de tres doctores excelsos de las ciencias humanas en la historia de la Universidad Complutense. Empiezo con don Ramón Menéndez Pidal; doctor y catedrático durante muchas décadas de esta Universidad y Presidente de la Real Academia Española que murió a los casi cien años en 1968, año anterior a mi primera llegada a España para ser estudiante en la Universidad de Salamanca. La obra que inaugura y define el perfil intelectual de don Ramón fue la edición crítica, en tres volúmenes del “Cantar de mio Cid,” publicada en el año clave 1898. Fue la primera edición rigurosamente filológica de un texto clásico

castellano y se convirtió inmediatamente en un modelo a nivel internacional. El héroe del texto, el Cid Campeador, por su proximidad a la cultura islámica y también por sus constantes conflictos con el rey don Alfonso, incorpora aquel potencial de subjetividad temprana que mencioné. Pero Menéndez Pidal también fue el historiador que mostró la presencia continuada de tales raíces medievales en el romancero castellano de su propio tiempo. Siempre me ha emocionado el detalle biográfico de don Ramón y su joven esposa cuando pasaron su viaje de novios de 1900 a caballo, siguiendo la “ruta del Cid” y perfeccionando sus investigaciones sobre el romancero.

La segunda figura en mi genealogía de las ciencias humanas en la Universidad Complutense es don Fernando Lázaro Carreter, doctor en 1947 bajo la dirección de Dámaso Alonso, catedrático de gramática desde 1978 a 1988, y también Presidente de la Real Academia. Don Fernando fue el todavía joven profesor inspirador, exigente, y carismático que encontré en Salamanca en 1969, sin duda el más brillante docente de mis años de alumno. Él entonces estaba escribiendo su libro sobre el “Lazarillo de Tormes” en la tradición del género picaresco donde analiza la estructura de aquellos dos niveles ontológicos oscilantes en un protagonista del primer siglo de oro. Lazarillo tiene la autonomía práctica del sujeto moderno cuando encuentra estrategias para salir de la condición social inferior en la que había nacido. Pero al mismo tiempo es capaz de dejarse absorber por la ortodoxia católica cuando, sabiendo que su mujer es la amante de un arcipreste de Toledo, dice que los que le recuerdan esta situación “ya no son sus amigos.”

Es esta la misma oscilación que vemos en los grandes dramas de Pedro Calderón, en el juego famoso entre “Vida” y “Sueño” y, aún más intensamente, en su texto más impresionante para mí, “El medico de su honra.” Con don Gutierre este drama nos presenta un héroe que, como sujeto, sabe perfectamente que doña Mencía, su mujer, nunca le ha sido infiel. Pero al mismo tiempo se da cuenta de que el comportamiento de ella ha dejado una mancha imborrable en el honor de su familia dentro del espacio público católico. Por esto decide hacerla matar – lo cual le confiere un carácter criminal a nuestros ojos del siglo XXI. Pero la escena final, entre el Rey, don Gutierre, y doña Leonor, que va ser la segunda esposa de don Gutierre, demuestra que la situación es más compleja para Calderón. El rey manda a don Gutierre “que haga borrar las puertas de su casa, que hay mano sangrienta en ella.” Pero el viudo por su propia

decisión no acepta esta orden y describe su visión e interpretación del pasado personal con las palabras siguientes:

Los que de un oficio tratan
Ponen, señor, a las puertas
Un escudo de sus armas;
Trato en honor, y así pongo
Mi mano en sangre bañada
A la puerta, que el honor
con sangre, señor, se lava.

Cuando el rey, visiblemente impresionado por este punto de vista, ofrece luego la mano de la joven doña Leonor a don Gutierre, éste insiste de nuevo en que la mano que le va a dar es una mano “bañada en sangre.” Y la “condición” bajo la que el nuevo matrimonio finalmente se realiza en el último verso del drama no es aquella de un problema solucionado sino el peso de una ambigüedad existencial sin salida.

El tercer doctor de la Universidad Complutense a quien quiero mencionar y honrar hoy es a don César Real de la Riva, mucho menos conocido y publicado que don Ramón Menéndez Pidal y don Fernando Lázaro Carreter. Adquirió su título académico a principios de los años treinta con una disertación sobre la poesía salmantina del siglo XVIII y fue catedrático de literatura castellana medieval durante mis años de alumno en Salamanca. Él y su colega Lázaro Carreter no se llevaban bien – pero se respetaban académicamente. Pero don César fue sobre todo mi suegro desde 1975 a 1989, y a su espíritu ágil, ameno, y capaz de intenso entusiasmo debo mi amor a la literatura castellana – entre muchas otras cosas. De él oí por primera vez el nombre de Luis Martín Santos que, estudiando en la Facultad de Medicina en los años cuarenta, había seguido los cursos de don César. Fue un nombre poco mencionado durante la época del franquismo – y creo que hasta hoy, ni en España ni internacionalmente, se le da la importancia que merece por su única novela “Tiempo de silencio,” que es el equivalente español del “Ulysses” de James Joyce, de “A la recherche du temps perdu” o, dentro de la literatura en lengua alemana, de “Hombre sin cualidades” de Robert Musil.

“Tiempo de silencio” con su protagonista simpático y sin perfil, el joven médico investigador Pedro, nos presenta el vacío absoluto del Madrid a finales de la primera década de la dictadura militar. Sobre todo, lleva a su cumbre y perfección radical la oscilación típica de la

literatura castellana, siendo un texto que ya no tiene un discurso descriptivo básico, sino que consiste exclusivamente en una variación entre diferentes niveles ontológicos. Voy a dar tres ejemplos: cuando Martín Santos evoca por primera vez “El Muecas,” un criminal viviendo en las afueras de Madrid que cría ratones para los experimentos de Pedro, que tiene relaciones incestuosas con sus hijas y que mata a Florita, una de ellas, en un intento de aborto, lo hace en la tonalidad de la novela campestre inglesa del siglo XVIII: “Alegres transcurrían los días en aquella casa. Sólo pequeños nubarrones sin importancia obstruían parcialmente un cielo por lo general rosado. Gentleman-farmer Muecasthone visitaba sus criaderos por la mañana donde sus yeguas de vientre de raza selecta, refinada por sapientísimos cruces endogámicos, daban el codiciado fruto purasangre. Emitía órdenes con gruñidos breves que personal especializado comprendía sin esfuerzo y cumplimentaba *ipso facto*. “Vaso de fuerte bebida en mano, chasqueaba la lengua al sentir calorcillo de aguardiente en el paladar. Sonoros golpes de fusta conseguían en altas botas de cuero. Conversaba después con los notables en lindes de la amplia finca.” El llanto de la madre de Florita por la muerte de su hija lo compara Martín Santos, sin ironía evidente, al ruido de un motor: “el ritornello incesante de: ‘Hija,’ ‘Hija,’ ‘Hija,’ ‘Hija,’ ‘Hija, que escapaba como un hipo de la boca abierta de la madre, [...], el ‘Hija,’ ‘Hija,’ ‘Hija,’ ‘Hija,’ de la madre se había convertido en un runrún continuo como de motor o de cascada que pronto deja de oírse.” Finalmente, en el centro de su novela, Martín Santos conjura, en un éfrasis sin comparación del famoso cuadro de Goya llamado “El Aquelarre,” conjura aquel buco rodeado de mujeres, para describir el atractivo del filósofo José Ortega y Gasset entre las damas de alta sociedad: “son las mujeres que se precipitan a escuchar la verdad. Precisamente aquellas a quienes la verdad deja completamente indiferentes. Él levantará su otra pezuña, la derecha, y en ella depositará una manzana. Y mostrando la manzana a la concurrencia selectísima, hablará durante una hora sobre las propiedades esenciales y existenciales de la manzana. La quiddidad de la manzana quedará mostrada ante las mujeres a las que la quiddidad indiferencia. ¡Vayamos con las mujeres inquietas, con las mujeres finas, con las mujeres de la selección hacia el inspirado discurso! Inclínemos nuestras cabezas ante el gran matón de la metafísica y dejemos chorrear lustrales sobre nuestras frentes sus palabras de hidromiel.”

Espero haber hecho presente el sabor y el tono de la literatura castellana que tanto me atraen. ¿Pero cómo se pueden conceptualizar tales sentimientos para rendir una respuesta a mi pregunta central? La cultura castellana me fascina por su infinito despliegue de

variaciones y de oscilaciones ontológicas que producen complejidad – en vez de seguir una línea recta de progreso donde cada estado nuevo cancela el anterior. Me fascina, en segundo lugar, como cultura de substancia ontológica más bien que discursiva. Esto da un aspecto drástico a todo lo que ella evoca, pero también ese deseo y esa confianza de poderse agarrar a la vida existencialmente. Me fascina, en tercer lugar, como una cultura que pocas veces ofrece soluciones pero que sin embargo sugiere esperanzas de una redención casi siempre secular. Y finalmente me fascina la cultura castellana por nunca haberse alejado de las abstracciones metafísicas, por sus gestos “circunstanciales y concretos,” como dice José Luis Villacañas; por haber mantenido el contacto y la cercanía de lectores no académicos Me fascina por ser una cultura no iluminista que nunca se volvió anti-iluminista.

¿Y qué tiene que ver conmigo todo esto? ¿Cuál es la matriz a la que también debo esta ilusión de proximidad? Creo que mi matriz consiste en un “sentimiento trágico de la vida” no necesariamente en el estilo de Miguel de Unamuno. Nacido en Alemania tres años después de acabar la Segunda Guerra Mundial todo lo que la historia de mi país de origen ha inspirado es un deseo de redención del pasado. Y en Estados Unidos también hemos perdido aquel espíritu proverbial de progreso. Cuando oigo hoy las palabras de Martin Luther King en su discurso de “I have a dream,” ya no me pregunto si ese sueño se ha cumplido – hoy me basta sentir que la vivacidad y energía de su sueño siguen existiendo.

Volviendo a sentirme parte de la cultura castellana, por lo menos hoy y oficialmente, me llena de orgullo, de gratitud a la Universidad Complutense de Madrid, y de una gran alegría. Quiero dedicar la alegría de hoy a mis hijos Marco y Sara y a mis nietos Clara y Diego que comparten una abuela española.

HANS ULRICH GUMBRECHT

Albert Guérard Professor in Literature, Emeritus, Stanford University

Distinguished Professor of Romance Literatures at the Hebrew University, Jerusalem